

Varias jornadas costóle a la madre de Cora llegar a la presencia del dios; pero logró al fin su intento y hablóle de esta forma.

—Señor de los dioses; soberano del Olimpo, Hades me ha robado a mi bella hija Cora, la más hermosa doncella de la Argólida.

—Culpa tuya es el rapto de tu hija; si tu diligencia fuera mayor y más solícitos tus cuidados, nadie hubiese osado arrebatarla— replicóle severamente el soberano del Olimpo.

Enojóse sobremanera Démeter al ver que Zeus desofa su ruego; su cólera fué tanta que no pudo articular palabra; activa y silenciosa alejóse del Olimpo y fuese a Atenas refugiándose en Eleusis.

\*\*\*

Privada la Argólida del influjo fecundante de la diosa de los campos, pronto secaróse los árboles, dejaron de madurar los frutos, morían las flores en sus tallos, fenecía la tierra como una enferma de fiebre.

Ablandado el corazón de Zeus por los ruegos de sus adoradores, interpuso al fin su valimiento y llamó a su presencia a Démeter, Hades y Cora.

Comparecieron los tres dioses en litigio ante el trono del Soberano del Olimpo. Démeter estaba triste y afligida como una flor ajada por el viento, sus ojos, antes tan bellos, languidecían como la luz de los crepúsculos.

Sonreía de dicha Cora; y el viento que agitaba los pliegues de su túnica, descubría la morbidez de sus piernas, el misterioso temblor de sus senos, las líneas de su torso esbelto como una ánfora.

Revuelta la greña encrespada de su cabeza leonina, Hades plegaba sus labios en una sonrisa mal disimulada por el gesto faunescos de su alma victoriosa.

—Has de devolver a su madre la hija que le has robado, soberano de los abismos— ordenóle Zeus.

—No es posible, padre de los dioses— replicó Hades con aire de triunfo.

—¡Que no es posible?— amenazó aquél frunciendo el ceño, como solía hacer'o cuando hablaba con los dioses desde su trono.

Sonreía Cora mirando compasiva a su desconsolada madre.

—Cora ha gustado el fruto del granado que yo le ofrecí en mis dominios y está satisfecha.

Interpeló discretamente Hades y a sus razonamientos asintió de grado la hija de Démeter.

Desarrugó su adusto ceño el padre de los dioses y lloró de alegría la madre de Cora; lo cual no se prendió a nadie, porque la granada era el símbolo de la fecundidad entre los dioses griegos.

Entonces la diosa de los campos volvió a ejercer su benéfico influjo en los de la Argólida y de acuerdo Hades y Démeter pasaba Cora una parte del año, durante el invierno, en compañía de su esposo y el resto en el Olimpo llenando de flores los campos de la Argólida.

MIGUEL SANCHO BARREDA.

Profesor de Literatura i Director  
de la Escuela Normal de Tarragona

